

Lenguaje, ética, política e identidad. Hacia una hermenéutica del pesimismo en la historia de México

José Luis
Talancón
CEPE-UNAM

La historia de nuestro país, ha ocurrido en una apasionante recreación y combinación con la historia del mundo por más de cinco siglos. Durante este tiempo, se han conjugado el mayor número de identidades culturales que convergen en una gran diversidad que es la base de nuestra herencia histórica. Desde Samuel Ramos, hasta Edmundo O'gorman, y muchos otros no agotan la indagación sobre las causas culturales, geográficas, psicológicas, sociales, económicas y políticas que explicarían nuestro desatino como nación. Muchos han querido reinterpretar nuestro sentido de la vida como trágico y derrotista, por lo mismo resistente. Vaya esta reflexión sobre nuestra condición de joven nación americana como un diagnóstico de nuestra modernidad inconclusa o fallida, pero más optimista frente a la situación histórica mundial actual.

Una pequeña introducción para definir el contexto de la búsqueda. La hermenéutica en las Ciencias Sociales implica el análisis de significados sobre la interpretación que tiene lugar en las esferas de la Sociología, la Economía la Política, la Etnología, la Antropología, la Historia, la Psicología; en otras palabras, todas estas ramas de investigación que se denominan a sí mismas Ciencias Sociales tienen por objetivo comprender la sociedad. Las ciencias sociales no están predominantemente interesadas en la resolución de problemas, crean significado y contribuyen a nuestro autoconocimiento. Consignan problemas, los dilucidan, los sitúan en uno u otro contexto, y en tanto que resuelven problemas, su inclinación es más al pensar en el amplio contexto de la interpretación que al graduar y medir la realidad, aunque a esto también se dediquen. En este sentido las Ciencias Sociales se acercan más a la Filosofía que a las Ciencias Naturales. Un ejemplo puede darnos cuenta de su complejidad: Cuando a Albert Einstein le preguntaron, ¿cómo fue posible que en la primera mitad del siglo XX el género hu-

mano haya logrado encontrar en el último rincón de la naturaleza: en los átomos del Uranio,²³⁵ tal poder de destrucción y no haya podido controlarlos, utilizarlos para el bien común y evitar la destrucción de pueblos enteros?, a lo que el padre de la relatividad contestó: “Lo que usted desconoce es que la física es una ciencia mucho más sencilla que la política”.

Lo anterior es una muestra para aquellos que desconocen y desprecian los intentos sistemáticos que desde Augusto Comte hasta Max Weber, pasando por Karl Marx y Norbert Elías, buscan la comprensión del hombre desde el ejercicio del pensar lo social y lo político. Dado que las Ciencias Sociales parten de modelos teóricos modernos, una hermenéutica de la Sociología no es más que una aproximación a la hermenéutica de la Modernidad. Lo cual busca comprender entre otras cosas la integración geográfica del mercado mundial y su impacto en las sociedades locales; el cambio en la estructura de los saberes sobre la naturaleza y la sociedad y su condicionamiento en la mentalidad moderna; así como la instauración de mecanismos abstractos para regular los conflictos de intereses con base en la ley. En suma la viabilidad histórica del Estado.

La reflexión sobre estos ámbitos aparentemente tan distintos convergen y son la causa del vacío de tres dimensiones centrales. Es decir, ¿que ocurrió con el lenguaje, con la ética y con la política en ese dilatado tiempo que llamamos Modernidad? Porque de una u otra forma en el largo proceso de abstracción y mundialización, desterritorialización, tres ámbitos fundamentales fueron trastocados. Su ejercicio permanente consiste en evaluar el desfase entre el Ser con el Deber ser, llegó a su climax histórico. De ahí la esquizofrenia, anomia e irracionalidad que pululan y hacen cada vez más tóxico nuestro mundo. De ahí que las enfermedades que trata la psicología como ciencia, en realidad no son individuales, son sociales.

Habría que preguntar por un balance completo que estime, que tanto nos hemos alejado de la realización de las grandes aspiraciones de aquellos que fundaron esta Nación: preguntarnos ¿por qué este país no ha logrado consolidar el orden social y continúa en relativa ausencia de normas? La anomia social generalizada actualmente en nuestro país, nos rebasa. Basta con observar el conte-

nido que emiten los medios escritos y electrónicos. La página roja se invirtió por la de la página política. Asistimos a el reciclaje de un eterno estado de infantilismo mental y cultural,¹ de gran parte de los segmentos sociales. Tenemos serias dificultades para producir empresarios innovadores, ciudadanos participativos, orden social e instituciones sólidas en el marco de un Estado de Derecho. ¿De dónde nacieron tantas expectativas sobre el futuro de esta nación que contrasta tanto con el estallido de sueños que constituye nuestro presente? Porque después de todo, nos medimos con las reglas y normas que fundaron esta nación. El desfase entre Ser y Deber Ser nunca había sido tan amplio.

Partimos de la idea de que las Ciencias Sociales intentan una autocomprensión o mejor dicho la comprensión de la autoconciencia de nuestra época. La historia de Occidente es una constante búsqueda por elevar la calidad de vida material y espiritual. La progresión histórica del mundo desde el siglo XIX venía ofreciendo sus propias posibilidades multiplicadas. Comte, Condorcet y Hegel construyeron un importante edificio filosófico sobre esta nueva base de la autocomprensión. Hegel decía “El pasado que podemos recoger de la cima de nuestro presente es la Totalidad, es decir, la Historia total y la Verdad total”.

En este sentido la búsqueda del conocimiento verdadero debe ser elegida como una vocación. ¿Cómo puede uno cumplir la norma de verosimilitud? ¿Cómo puede saber uno si lo ha hecho así? ¿Cuáles son los criterios del conocimiento verdadero, los criterios de verosimilitud, en las ciencias sociales? Si logramos encontrar esos criterios, podemos darnos por satisfechos.

Sin embargo, hay una pretensión a la que no pueden renunciar: las Ciencias Sociales proporcionan un conocimiento verdadero, una comprensión acerca de la sociedad. En este caso se trata de nuestra propia sociedad: la versión mexicana de modernidad. Siempre midiéndonos con las aspiraciones fundantes y observando que al analizar el siglo XIX mexicano, el imaginario criollo y católico se muda por el imaginario republicano y nacional. Un siglo XIX construido por personalidades individuales y colectivas que cristalizaron en identidades nacionales. La Nación como una persona física que experimenta la

1 Fue Emile Durkheim quien introdujo el término de anomía en la sociología moderna para señalar la condición en que se halla la sociedad que no ha regulado debidamente con leyes una situación concreta, en especial si existen normas contradictorias. La considera un fallo o ruptura de solidaridad de la sociedad en su tránsito de la “solidaridad mecánica” de sociedades primitivas a la sociedad orgánica propia de instituciones que ha de ser característica de las sociedades modernas o civilizadas.

esquizofrenia entre querer y no poder. Asistir a la experiencia frustrante de varios imposibles. De la inestable y vulnerable democracia, a la opción del miedo a los caudillos autoritarios y al permanente corporativismo que nunca acaba por diluirse.

Mi hipótesis se centra en las fallas estructurales del (des)orden social ocurridas entre 1750 y 1857. En efecto, Las Reformas Borbónicas instrumentadas simultáneamente al proceso de secularización generalizado en Occidente, coincidió con la expansión de los mercados coloniales, los cambios en el *status* del saber natural y social y las luchas de emancipación y los ciclos revolucionarios: en ese orden fueron estructurándose los obstáculos. Subordinación económica y colonial, incapacidad para dar los saltos mentales que desalojaran las concepciones de mundo anclados en los valores religiosos. Transición interrumpida en la instauración de valores civiles, las cuales además nunca le dieron personalidad ciudadana a los indígenas. El último segmento social. El más marginado y humillado.

Los antecedentes en México en torno a la forma en que ocurrió el proceso de evangelización como punta de lanza de tres grandes instituciones simbolizadas por la Cruz, la Espada y la Corona, se acompañaron de violencia, culpabilidad y esquizofrenia jurídica, crearon unas condiciones escabrosas y antagónicas, de tal manera que cuando ocurrió la transición de la moral cristiana a la moral republicana, ésta última encontró pocos nutrientes que le dieran confianza y cohesión al cuerpo social. La explotación económica fue original y duradera. La inobservancia de las normas y la moral del mundo religioso pasó directo a la inobservancia de las leyes republicanas. La secularización y un principio activo de pragmatismo, arrasaron con ambas dimensiones axiológicas, antes de que pudiera enraizarse el racionalismo laico y el individualismo responsable. Con el tiempo la política cayó en descrédito como ámbito natural del enriquecimiento, mucho más rápido y eficiente que el camino del mercado o las actividades productivas.

La sociología y la historia mexicana y latinoamericanas describen que la inobservancia normativa en estos países, tuvo lugar al inicio mismo de la Conquista y la Colonización. Un rasgo de la vida colonial común a toda

la América española, consiste en la franqueza con que la ley impuesta por las autoridades de la Metrópoli era violada por los funcionarios locales. El ejercicio de la cadena de mando a tal distancia oceánica, —desde Amberes hasta Chile, desde Nápoles hasta Filipinas—, acabó por crear una modalidad en el ejercicio del mando extendido territorialmente hasta hacer de la política y la interpretación de la ley fuente de engaño y enriquecimiento. El ejemplo mayor de ello es la actitud de Hernán Cortés cuando la Junta de Valladolid le ordenó que no se hicieran reparticiones de indios. Con el argumento de que si se habían hecho tantos sacrificios era precisamente para obtener ese tipo de beneficios, alzó sobre su cabeza la Real Cédula en signo de obediencia. Todo un estilo de interpretación de la ley: acátese pero no se cumpla. Así se inició la singular institución de la desobediencia legal, que refleja el alma de la colonización hispánica.² Es decir, al dejarse a criterio de los virreyes la aplicación de la ley, toda la herencia colonial tiende a la ilegalidad en el conjunto de la sociedad forjando además una mentalidad sumisa, tradicional, de inclinación por el juego y el azar, devota del absolutismo y la fe católica, profundamente enemiga del trabajo, la modernidad y el cambio. Al enfrentarse América Latina a las formas dominantes de Occidente de corte racionalista, técnica, liberal y progresista del siglo XIX, con una vocación intrínseca por modificar y alterar la naturaleza, se generó un corto circuito del cual no nos hemos repuesto, de ahí nuestra inclinación a la anomia y a la debilidad de nuestro orden social. Nuestra incapacidad para impulsar deje usted el *desarrollo sustentable*, simplemente orientar nuestro propio destino.

Son varias y contrastantes las interpretaciones históricas sobre el famoso “acátese pero no se cumpla”. Enrique Alducin sostiene que es la primera muestra de rebeldía, oposición subrepticia, resistencia pasiva a un poder que se considera arbitrario pero que no está en condiciones de enfrentar, la primera muestra del sabotaje silencioso, que como actitud frente al despotismo va a caracterizar axiológica, valorativamente al mexicano.³

Desde entonces el alma mexicana ha cobrado conciencia como una búsqueda que se amplía fuera de las fronteras. Como bien señaló alguna vez Edmundo O’Gorman: ante

2 Lidia Girolla cita a Carlos Nino en *Anomia e individualismo*. México, Antropos, 2005. p. 122.

3 *Ibid.* p. 120.

- 4 Edmundo O'Gorman, *México, El Trauma de su historia, Ducit amor patriae*. México, CONACULTA, 1999, (Cien de México), p. 31.

la superioridad del pragmatismo anglosajón opusimos el sueño del idealismo iberoamericano. Sólo así aceptamos ser modernos, porque nos guía el faro de la alta espiritualidad de la raza cósmica y latinoamericana, con esa presunción nos *emparejamos* aunque sea simplemente como una ilusión con un cierto ápice de autoengaño.

Traemos en nuestro gen cultural y político la síntesis de la contradicción que consumió la energía de los mejores espíritus del siglo XIX mexicano, el enfrentamiento ideológico entre conservadores y liberales, entre monárquicos y republicanos, conflicto eje de nuestra historia como país dominado, en el cual los conservadores tenían puesta la mirada en Europa y deseaban obtener la modernidad a condición de mantener la tradición virreynal; y los liberales que miraban a los Estados Unidos deseaban la modernidad sin rechazar la forma de ser coloniales. Este hecho señalaba Edmundo O'Gorman “encerró la gran cuestión de la identidad nacional en una encrucijada de incompatibilidad entre el pasado y el futuro”.⁴ Desear la modernidad sin cambio, anclarse culturalmente al pasado para enfrentar de manera más terapéutica y menos traumática el futuro.

Ante el laberinto que nos plantea la búsqueda de nuestro camino a la modernidad, en este trabajo me pregunto cómo traducir y enseñar esta experiencia. El lograr este propósito no es fácil, tomando en consideración el desfase que existe entre la enseñanza del español como segunda lengua de manera fonética, práctica y puntual y la enseñanza de una disciplina hermeneútica-interpretativa, que requiere de un conocimiento previo y general del pasado, no sólo local, sino mundial.

Las crecientes olas migratorias, la invasión de la palabra *narco* a todas las actividades productivas, la expansión de la economía informal después de la década de los noventa, todo ello puede ser visto como manifestaciones más profundas de anomias que atentan contra los Estados nacionales. Independientemente de las causas económicas estructurales que han sido tratadas por diversos autores, es un hecho que la informalidad se produce por que el “costo de no cumplir la ley es inferior a los beneficios esperados a partir de ese incumplimiento”. “Y el costo de cumplir con la ley es excesivamente alto, dados los trámites engorrosos, las trabas burocráticas, que ese cumpli-

miento implica, y por el contrario, el costo de no cumplirla es bajo, debido a la ineficacia, por corrupción o desidia, del sistema de sanciones previstas. El engorro y las trabas burocráticas constituyen mecanismos de habilitación de la corrupción administrativa”.⁵

Para ilustrar este punto, —el cual todo mundo lo ha padecido— repararé en los trámites y diligencias administrativo-burocráticas que hay que realizar en México para montar una empresa o negocio, son aproximadamente once, comparados con los tres o cuatro que se hacen en otros países con equiparable nivel de desarrollo, según lo destaca la OCDE.

Por último cabe destacar la anomia relativa al pago de impuestos la cual revela la forma en que se armó la estructura de la organización social en el país: la fórmula parte del principio de obediencia sumisa. La Corona a administrar y el pueblo a callar, el principio de transparencia que obliga a los ciudadanos a exigir la forma en que se gastan esos recursos y los innumerables requisitos para pagarlos, una la falta de controles punitivos de la autoridad recaudadora particularmente de las grandes empresas, y las dudas sobre el destino y el buen empleo de los fondos recaudados, mas una profunda falta de adhesión moral a las obligaciones fiscales, la ausencia de individuos y ciudadanos responsables, todo ello deriva en una profunda crisis anómica social que nos aleja de la modernidad, los esquilíbrios y la estabilidad sociales.

Espero que con esta breve aproximación sociológica contribuya a reflexionar sobre esta verdad histórica, que intenta apagar la incertidumbre derivada de una modernidad inconclusa, fallida e injusta, que no acaba de desterrar de la cultura y las prácticas de la administración pública a la figura del funcionario público que concibe a su puesto como un negocio, cuya utilidad intenta maximizar. Con esta grotesca imagen, no quisiera generalizar, existen también funcionarios honestos, de criterio amplio, sensibles a la idea de que las Ciencias Sociales son fundamentales para la comprensión y reconstrucción de la sociedad mexicana. Valgan estas reflexiones para revertir el pesimismo y recobrar nuestra autoestima colectiva.

⁵ Girola cita a Carlos Nino, *op. cit.*, p. 12.

